

CAPITULO III

ALEJANDRO VI, PAPA

Cuatro eran los cardenales que a la muerte de Inocencio VIII, acaecida en julio de 1492, se disputaban el trono pontificio : Ascanio Sforza, hermano de Ludovico el Moro, duque de Milán; Rafael Riario y Julián de la Rovere, los dos cardenales-sobrinos de Sixto, el último consejero también de Inocencio, y finalmente Rodrigo Borgia.

La costumbre seguida comúnmente por los conclaves de elegir un papa cuyo carácter fuera totalmente opuesto al carácter del papa precedente, hacía pensar que el electo sería hombre enérgico y poseedor de miras personales acerca de los problemas que presentaba la política del Vaticano. De entre los cardenales arriba mencionados, Julián de la Rovere podía considerarse casi enteramente excluído, pues siendo genovés al igual que Sixto VI y que Inocencio, hubieran sido con él tres los genoveses que ciñeran uno después de otro la tiara, cosa que sería extremadamente mal vista por el resto de la península. Además, si bien es cierto que el cardenal de la Rovere no era pariente del papa recién fallecido, había desempeñado cerca de él funciones semejantes a las de un primer ministro, existiendo una costumbre casi con fuerza de ley que impedía que un prelado en tales condiciones pudiera aspirar al pontificado. Hay que agregar otra razón más en este mismo sentido : Inocencio no había hecho casi promociones durante su reinado, careciendo por lo tanto de partido en el Sacro colegio por lo que ninguno de sus miembros tenía mayor interés en que

su privado alcanzara la dignidad de vicario de Cristo. Quedaban luego Rafael Riario y Ascanio Sforza, pero este último era demasiado joven aun para llegar a papa, y ninguno de los dos poseía el poder y la riqueza suficientes como para inclinar a su favor el conclave. No había, pues, más que uno solo que reuniera todos los requisitos indispensables, y este era el vicecanciller Rodrigo; por lo demás, él se apresuró a comprar el voto de su colega Sforza, tentándolo con el cargo de vicecanciller, que quedaría vacante por su elevación al papado, y agregando a esto, en carácter de dádiva, la Villa de Nepi y el palacio Borgia, argumentos todos ellos suficientemente poderosos como para convencer a un cardenal. Con los demás siguióse análogo procedimiento, distribuyéndose con largueza arzobispados, abadías y aun cargas de oro acuñado.

La compra del Sacro colegio dió por resultado el triunfo de Rodrigo, que fué electo el 11 de agosto de 1492 por casi la unanimidad de votos. El nuevo papa tomó el nombre de Alejandro VI.

Es conveniente hacer notar que la forma en que llegó éste al papado no era un delito ni una tacha exclusiva de la elección de Alejandro. Como lo hemos dicho en un capítulo anterior, todos los papas eran entonces simoníacos; lo fueron los anteriores al que estudiamos y lo fueron también sus sucesores. La elección de Julio II se diferencia en muy poco de la de su antecesor; no había papas legales porque la corrupción se había infiltrado demasiado profundamente en el alto clero y su venalidad e impudicia no reconocían límites. « El papado le había sido vendido como al mejor postor », dice Gregorovius hablando de Alejandro (1). Esto es exacto; pero en la misma forma lo con-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 95.

seguían todos, y si bien en algunas elecciones la maniobra no era tan groseramente material, entraban a jugar otros resortes casi igualmente poderosos, ya que no sólo con dinero es posible comprar a los hombres. La razón de que se haya hallado particularmente escandalosa esta compra del conclave en 1492, es, a nuestro juicio, la misma que apuntamos al ocuparnos de César, o sea que siendo Alejandro VI el primer papa que consiguiera dar a la Iglesia un reino establecido, su figura se destaca con mucha mayor fuerza que las otras, y todos los hechos de su vida resaltan bien visibles chocando entonces por su falta completa de sentido moral.

¿Tenía en realidad al subir al trono la intención bien determinada de consolidar su poder como soberano temporal, sometiendo a sus pequeños vasallos y adquiriendo un reino que transformara a la Santa sede en una potencia en el escenario europeo? Es muy difícil afirmarlo, y todos los indicios hacen suponer que en su política no tuvo más objeto que el engrandecimiento personal y de su familia, especialmente el de su hijo, a partir de la segunda mitad de su pontificado. Era la de Alejandro una naturaleza en exceso material para que semejante proyecto cupiese en su mente, siendo lo más probable que, dominado como se hallaba por el joven duque de Romaña, secundara la hábil política de César con su propia hábil diplomacia, con el sólo anhelo de verlo crecer en grandeza y poderío, poniendo a su servicio toda la influencia que él como jefe del papado podía prestarle. Maquiavelo, que ha estudiado con su vigoroso realismo la política de este papa, parece sostener tal opinión, y así dice en una de sus páginas: «Vino al fin Alejandro VI, que demostró más que todos sus antecesores lo que un papa es capaz de hacer con armas y con dinero, como lo prueba cuanto he dicho que hizo por

medio del duque de Valentinois y con motivo de la entrada de los franceses en Italia; *y aunque no fuera su intención engrandecer a la Iglesia sino al duque*, aquélla heredó todas sus conquistas después de muertos él y el duque (1). El día mismo de su coronación, celebrada el 26 de agosto con pompa extraordinaria, el papa hizo a César arzobispo de Valencia, llenándose bien pronto el Vaticano con una turba de españoles ávida de repartirse los favores del nuevo soberano. «Diez papas no bastarían para satisfacer a esta parentela», escribía Gianandrea Boccaccio al duque Hércules de Este (2).

Los demás Estados Italianos acogieron sin reserva al papa Borgia, salvo contadas excepciones. «En Milán — dice Gregorovius — Ludovico el Moro la celebró con fiestas públicas; él se creía desde entonces, gracias a la influencia de su hermano Ascanio, *papa a medias*. Los Médicis esperaban mucho de Alejandro; los Aragón de Nápoles, por el contrario, no esperaban más que poca cosa. Venecia se expresaba agriamente. El embajador de esta república en Milán declaraba abiertamente desde el mes de agosto, que la Santa silla había sido comprada por medio de simonías y de miles de artificios, y que la Señoría de Venecia estaba convencida de que Francia y España rehusarían obediencia al papa desde que estas potencias conocieran tan culpables manejos» (3).

Apenas instalado Alejandro en el trono de San Pedro, se produjo un incidente originado por las eternas rencillas de los barones que, a no ser por los buenos oficios de España, hubiera encendido la guerra en toda la península. El barón Virginio Orsini había comprado las posesiones

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 80.

(2) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 103.

(3) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 96.

de Franceschetto Cibo, aumentando en esta forma considerablemente su poder, ya de por sí temible. El papa se sintió amenazado en su seguridad y creyó necesario intervenir; a mayor abundamiento se decía con visos de verosimilitud, que el dinero necesario para la compra había sido facilitado a los Orsini por Fernando o Ferrante, rey de Nápoles, quien en su guerra contra el papa Inocencio VIII se vió ayudado por la familia antes citada con ayuda tan eficaz, que le permitió llegar hasta los Estados pontificios.

Los acontecimientos se precipitaron y el asunto tomó un cariz amenazador. Desde su obispado de Ostia, situado en la desembocadura del Tíber, adonde se había retirado en enero de 1493, Julián de la Rovere amenazaba con interceptar los víveres para Roma, ayudando en esta forma a los Orsini, a cuya causa se había unido. El papa se alió entonces con Milán, Venecia y otros Estados enemigos del rey de Nápoles, siendo creencia general que no tardaría en estallar la guerra en toda la Italia.

Acababa de subir entonces al trono de Francia el joven Carlos VIII, repugnante y degenerado, pero ansioso de gloria y lleno de ambiciosos planes de conquista sobre Nápoles. España, que sospechaba estos proyectos, temió por la situación ventajosa que para Carlos representaría el hecho de que Nápoles se viera envuelto en una guerra con el papa y se apresuró a interponer toda su influencia con el objeto de llegar a un acuerdo, al que efectivamente se llegó en julio de ese mismo año. Los resultados de este manejo diplomático no pudieron ser más sorprendentes; el Vaticano, alejándose en absoluto de Milán y Venecia — hasta el punto de que el cardenal Ascanio Sforza, todopoderoso en la corte papal, cayó en completa desgracia — entró en una política de franca amistad y aun de alianza con el

rey de Nápoles; amistad que tuvo su más completa confirmación en agosto de 1493, por el casamiento de don Godofredo, niño a la sazón de trece años, con doña Sancha de Aragón, hija natural del duque Alfonso de Calabria. La buena amistad no debía durar sin embargo más de dos meses, siendo causa del enfriamiento el caso omiso hecho por Alejandro de los deseos de Fernando en un nombramiento de cardenales. Esto atrajo de nuevo a los Sforza y volvió a alejar al cardenal de la Rovere, recientemente reconciliado con el papa. Se inicia ya en estas primeras escaramuzas la tortuosa e inteligente diplomacia del papa, que debía realizar un verdadero milagro de equilibrio en su difícil y delicada situación.

Pero los cuidados de la política no le hacían ni por un momento olvidar el engrandecimiento de los suyos. En septiembre de 1493, César Borgia fué proclamado cardenal de Valencia. Por cierto que había para esta elevación el inconveniente de su nacimiento, cuya tacha de origen era difícil de salvar. Los cardenales Pallavicini y Orsini fueron encargados de la tarea de la legitimación. Boccaccio da cuenta de ella a Ferrara, diciendo burlescamente: « Se ha salvado la tacha que él llevaba como hijo natural, juzgando con razón que es legítimo desde que nació en la casa y en vida del esposo de la madre; es un hecho concluído; se le ve ahora ya en la ciudad, ya en las tierras de la Iglesia donde lo llaman sus funciones y viaja de un punto a otro. » El embajador no da sin embargo el nombre del marido de la Vannozza, a quien solamente Infessura llama Dominico de Arignano (1).

Hacia principios de este mismo año de 1493, Alejandro había encontrado una alianza ventajosa para Lucrecia, ca-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 129.

sándola con Juan Sforza, vicario apostólico a la vez que tirano de Pésaro. Esto hacía caer bajo la influencia del papado el feudo y condado de ese nombre. El matrimonio había sido favorecido por el duque de Milán, tío de Juan Sforza, que trataba en esa forma de hacer del papa un cómplice de su política. Una vez realizado el casamiento, el conde de Cotognola, título del marido de Lucrecia, entró bajo sueldo al servicio del papa.

Al comenzar el año de 1494 sobrevino la muerte del rey Ferrante de Nápoles, déspota cruel pero inteligente, desapareciendo así el único obstáculo que impedía a Carlos VIII marchar resueltamente sobre Italia. Los preparativos se hicieron a toda prisa, pues el rey parecía dispuesto a que la expedición se llevara a cabo lo antes posible. Tal empresa no colmaba sólo las aspiraciones del soberano francés, sino también la de algunos príncipes italianos. Ausente por completo de los espíritus de la época toda idea de nacionalidad, no vacilaban en reclamar la ayuda del extranjero si creían que en esta forma podrían lograr más fácilmente sus designios.

Reinaba en Milán Ludovico Sforza, que en realidad había usurpado el trono a su sobrino el valetudinario Juan Galeazzo, si bien guardando las formas, pues se decía tan sólo regente del ducado. Galeazzo era casado con Isabel de Aragón, hija de Alfonso de Calabria y nieta del rey Fernando de Nápoles. El Moro, que ardía en deseos de arrojar definitivamente al legítimo duque de Milán, esperaba conseguirlo cuando el rey de Francia, atacando a Nápoles, imposibilitase a Ferrante de obrar contra él. Por esta causa, a mediados de 1493 había invitado abiertamente a Carlos a pasar los Alpes, sugiriéndole que tendría el camino expedito para llegar a Nápoles. Por el matrimonio de Lucrecia con Juan Sforza, del que él y su hermano Ascanio ha-

bían sido los principales agentes, se había atraído al papa. « Desde el 25 de abril de 1493 — dice Gregorovius — la alianza entre Venecia, Ludovico, el papa y algunos otros señores de Italia, era públicamente conocida en Roma. Esta liga estaba abiertamente dirigida contra Nápoles, por lo que la corte napolitana se hallaba en grande excitación » (1). Existe una carta fechada en junio de 1493 dirigida por el rey de Nápoles a su embajador en España, en la que Ferrante suplica a Fernando e Isabel le protejan contra el papa y sus intrigas, añadiendo que la vida de este último es abominable (2). En cuanto a Florencia, el pueblo miraba con simpatía a Carlos VIII, si bien el impopular Pedro de Médicis se inclinaba a favorecer a Nápoles.

Lo que no entró en los cálculos de Ludovico fué que habiéndose al poco tiempo reconciliado el papa con Nápoles, el sumo pontífice contrajo una alianza muy firme con la dinastía de Aragón. En abril de 1494, el mismo día en que el matrimonio de Godofredo y doña Sancha, ya concluido por procuración en el año anterior, se llevaba a efecto, subía al trono de Nápoles el padre de aquélla, Alfonso, como sucesor de Ferrante, siendo coronado por Juan Borgia, cardenal-legado. Alejandro le dió en esta forma la investidura, declarándose adversario de la expedición que Carlos VIII tenía en vista (3).

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos sucesos, el cardenal Julián de la Rovere, que siempre fuera enemigo encarnizado de Alejandro VI, huyó a Francia para convencer al rey de que lo que más importaba, una vez que hubiese entrado en Italia, era la reunión de un concilio que arrojara del trono pontificio al papa simoníaco. El

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 124.

(2) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 126.

(3) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 139 y 140.

14 de julio, y estando ya Carlos en vísperas de invadir la península, Alejandro y Alfonso se reunieron en Vico-varo, cerca de Tívoli, para concertar un plan de resistencia al conquistador.

Este último era, por lo demás, un contrahecho de cuerpo y un pobre de espíritu. Completamente débil de inteligencia hasta parecer un retardado, soñaba con empresas caballerescas y descabelladas, habiendo llegado a Italia con la ilusión de que no sólo tomaría a Nápoles, sino también caerían en sus manos Constantinopla y Jerusalén. Pensaba en esta forma rescatar el Santo sepulcro y cubrirse de gloria ante los pueblos cristianos; tenía, pues, la cerebración de un niño. En cuanto a su aspecto físico, Mereshkowsky hace de él la siguiente descripción: « Era Carlos VIII de baja estatura y feísimo semblante. Tenía los pies deformes, torcidos y las piernas delgadas como alfileres; estrecho de espaldas, un hombro más subido que el otro, nariz aguileña de tamaño colosal; cabellos ralos de color rojo pálido y postizos amarillentos en lugar del bigote y la barba. Movía nerviosamente la cabeza y las manos con gestos rápidos y desagradables; y los labios tímidos y siempre abiertos como los de los niños, los ojos blancuzcos saliente y miopes y las cejas enarcadas, expresaban tristeza distraída y a la vez esa tensión del espíritu propia de las mentes débiles » (1). A pesar de todo, ninguna conquista fué llevada a cabo con más facilidad, hasta el punto de dar motivo a la frase de Alejandro VI, citada por Maquiavelo, de que « el rey de Francia se había hecho dueño de Italia con un poco de yeso » (2); facilidad que se debió, como

(1) Mereshkowsky, *op. cit.*, pág. 82.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 85 (aludiendo a la tarea del oficial encargado de buscar alojamiento a la tropa, que marca con yeso las habitaciones elegidas).

inmediatamente a continuación lo expresa el mismo, al estado en que se encontraba por entonces la península y no a la habilidad diplomática o militar del inepto Carlos. La verdad es que si poco le costó conquistarla, poco provecho sacó también de la conquista. El político florentino se refiere reiteradamente a los errores que cometiera durante su actuación en Italia (1). Su invasión no le reportó ningún beneficio, pudiendo decirse que fué tan rápida como inútil; las verdaderas consecuencias de ella, grandemente importantes, fueron de otro orden y vendrían después.

Los franceses atacaron por vía terrestre y marítima. Su superioridad en este último terreno puso bien pronto en sus manos a Ostia, arrebatada al cardenal de la Rovere y que era, por así decirlo, la llave de Roma. Al llegar los franceses a esta ciudad se rebelaron los Colonna contra el pontífice, por manera que las tropas napolitanas que debían haber efectuado una maniobra hacia el Norte, hubieron de permanecer en ella para protegerle. En circunstancias tan extremas, el jefe espiritual de los pueblos cristianos no encontró arbitrio mejor que pedir la ayuda de los turcos, utilizando como arma a Gien, el cautivo hermano de Bayaceto, a quien nos hemos referido en el capítulo primero. El escándalo que se produjo al descubrirse las negociaciones fué inaudito, y eso que es necesario advertir que no era la primera vez que el papado se volvía hacia los enemigos declarados e implacables de la religión por él sostenida. Dejando de lado por un momento el abstracto punto de vista político, podemos decir que es este un episodio altamente demostrativo del nivel moral de la Iglesia romana, esa institución tan fecunda en violencias y en crí-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 16.

menes y tan sólidamente asentada al mismo tiempo sobre la base de la ignorancia y de la credulidad humanas.

El papa Alejandro, como decíamos, aterrado ante la idea de los franceses victoriosos, no dudó un instante en ponerse al habla con Bayaceto. Entre tanto, la expedición terrestre, que había penetrado en el Piamonte en septiembre de 1494, avanzaba con extraordinaria rapidez. Este ejército, que debía realizar marchas continuadas largas y difíciles, llevaba consigo un tren de artillería, cosa notable debido a que se veía por primera vez. Llegaron a Turín el 5 del mismo mes; el 8 de noviembre se apoderaron de Luca casi sin haber combatido, y en fin el 17 de noviembre, el rey Carlos hacía su entrada en Florencia. Pedro de Médicis, sucesor de Lorenzo, era tenido por aliado del papa y de Nápoles, pero en la esperanza de conservar con esa conducta su soberanía, se apresuró a entregarse ni bien estuvieron los franceses frente de Florencia. Con nadie podía, pues, contar el papa, como no fuese con Alfonso de Nápoles.

En Milán, Ludovico acababa de envenenar a su sobrino Galeazzo, el duque legítimo, y ceñía la corona dispuesto a acelerar en cuanto le fuera posible la ruina de Alejandro, de quien se había tornado en mortal enemigo. Venecia era poderosa, pero permanecía alejada y simplemente a la expectativa.

Por otra parte, los franceses habían producido una impresión terrible en Italia con su salvajismo de hombres que hacían realmente la guerra, tratando de exterminar al enemigo y devastando todo cuanto se hallaba a su paso. Esto se explica muy fácilmente si se tiene en cuenta su carácter de tropas nacionales; pero tales tropas eran desconocidas en Italia. Cada príncipe o Estado más o menos poderoso tenía a su servicio soldados mercenarios mandados por

condottieri que ofrecían su *condotta* al mejor postor. Como estos *condottieri* no tenían interés en la guerra y se ponían siempre en el caso de que el enemigo pudiera ofrecerles mayores ventajas que aquel a quien servían, las batallas italianas eran muy a menudo, por no decir siempre, escaramuzas en que ambos ejércitos trataban de hacerse el menor daño posible. Maquiavelo, que ha estudiado el problema militar de su tiempo con gran detenimiento, habla también con bastante extensión en *El príncipe* sobre estos mercenarios, a los que atribuye, a nuestro juicio, con mucha razón, la decadencia de su país. Dice : « Es este un punto fácil de probar; puesto que la ruina de Italia no se debe hoy más que a la confianza que ha puesto en las tropas mercenarias, que en un principio prestaron buenos servicios, pero que demostraron lo que eran en cuanto aparecieron los extranjeros » (1). Y agrega más adelante, refiriéndose siempre a ellas : « A sus proezas se debió el ver a Italia invadida por Carlos VIII, saqueada y asolada por Luis XII, oprimida por Fernando y vituperada por los suizos » (2). Las tropas mercenarias eran el mal de Italia, y esto supo comprenderlo César Borgia, como lo puntualiza Maquiavelo y como a su tiempo lo hemos de demostrar en este mismo trabajo.

En tanto que Carlos se acercaba, Alejandro tomaba toda clase de medidas con esa decisión que hemos señalado ya como una de sus características. Fortificó a Roma, hizo prisioneros a los cardenales dudosos, reunió tropas y meditó en el caso de verse obligado a alejarse de la ciudad. De acuerdo con el rey de Nápoles, se hallaba todo dispuesto para que, en caso necesario, el papa se trasladase a Gaeta. Pero en esto residía el verdadero problema para Borgia,

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 85.

(2) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 91.

terrible porque de él dependía casi su propio pontificado. ¿Qué era lo más conveniente, retirarse o esperar a Carlos dentro de la misma Roma? Sabido es que los enemigos del papa clamaban contra su elección, sosteniendo que la simonía que la viciaba la hería de nulidad. En tales circunstancias y no hallando al pontífice en Roma, bien podía el rey de Francia reunir el conclave y hacer elegir otro. Además, la vida escandalosa de Alejandro, si bien no debía espantar a nadie, dadas las costumbres reinantes, era motivo más que suficiente si se quería hacer uso de él para que el rey depusiera al papa. Si se quedaba este último en el Vaticano, corría el riesgo no sólo de ser depuesto, sino también de caer prisionero. He aquí los términos de la cuestión, mientras el rey se acercaba rápidamente. « Alejandro quería oponerle en Viterbo, donde se encontraba el cardenal Farnesio en calidad de legado, sus tropas unidas a las de los napolitanos, pero los franceses invadieron sin encontrar resistencia el patrimonio de San Pedro » (1). Carlos VIII entró en Roma el 31 de diciembre; el papa había optado por encerrarse en el castillo de Sant'Angelo. Se preparó el ataque; la artillería francesa estuvo apostada contra el castillo, pero el combate no llegó a trabarse, llegándose por el contrario a un acuerdo. En realidad, permanecen obscuras las razones que tuvo Carlos para tratar al papa con tanta suavidad. El historiador de Lucrecia, se refiere al asunto de que tratamos en estos términos: « El papa engañó al rey de Francia, quien en lugar de hacerlo deponer por un concilio, se arrojó a sus pies, lo reconoció por el representante de Cristo y concluyó un tratado con él » (2). Queda fuera de duda, desde luego, que fué este un triunfo consumado de la política

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 166.

(2) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 172.

papal. Se ha hablado de que Alejandro compró a los ministros franceses, lo cual es muy verosímil, en cuyo caso éstos habrían hecho ver a su señor que sin contar con que, para deponer a un papa con arreglo a derecho, era indispensable reunir un concilio general, cosa difícil y larga, una vez reunido éste se negaría seguramente a obedecer al rey de Francia; además, España se pondría de parte del papa español, y las demás potencias eran por lo menos dudosas. En cuanto a tomar prisionero al pontífice sin haberlo previamente depuesto, sería considerado como un escándalo por todos los países cristianos y haría caer sobre el audaz la reprobación de ellos. En cuanto a intentar la regeneración de la Iglesia, es poco probable que semejante propósito entrara ni siquiera como posibilidad en la mente de Carlos ni de sus consejeros. Además de ser la empresa extremadamente difícil, dado el abismo de corrupción en que aquélla se hallaba sumida, para proponérselo tan sólo era requisito indispensable la presencia de una idea rebelde de libertad de pensamiento, que por cierto se hallaba totalmente ausente del espíritu del cristianísimo rey de Francia. Sea como quiera, el hecho es que bien pronto éste y el papa entraron en negociaciones que dieron por fruto la conclusión de un tratado, por el cual se convenía que Alejandro entregaría a Civita Vecchia, pondría en manos de Carlos a Gien, el príncipe turco cautivo de la Santa sede, y daría como rehén para asegurar el cumplimiento de la pactado, a César, el joven cardenal de Valencia. No se especificó nada referente a la investidura del rey de Nápoles, pero como el rey lo mencionara más tarde en una entrevista tenida con Alejandro VI, el papa se negó repetidamente a retirarla, mostrándose tan sólo dispuesto a servir de árbitro para juzgar de los derechos de ambos contendientes.

Una vez concertado el tratado, salieron los franceses de Roma para marchar sobre Nápoles, pero apenas llegados a Velletri, tuvieron ocasión de comprobar una vez lo que era la buena fe italiana, comparada a aquella antigua y famosa *fides punica* que los cartagineses habían hecho tristemente célebre en sus luchas con esa misma Roma que en la actualidad tan descaradamente la practicaba. Efectivamente, César consiguió huir disfrazado de palafrenero, y apenas estuvo el papa seguro por la suerte de su hijo, se negó resueltamente a rendir la plaza prometida. Para colmo, un mes más tarde y estando ya en Nápoles el ejército, murió Gien, quedando en esta forma desvanecidas todas las ventajas que el rey de Francia había creído obtener de su convenio con el papa. Circularon diversas versiones acerca de la muerte del turco, entre otras que antes de salir de Roma se le habría suministrado un veneno, pero ni aquéllas ni esta última pasan de ser meras conjeturas.

En Nápoles, el pueblo, que odiaba a sus reyes por la amarga memoria dejada por las crueldades de Fernando, se preparó a recibir a su conquistador con grandes demostraciones de simpatía. Alfonso, aterrizado ante la invasión, se había apresurado a abdicar el trono para huir a Sicilia, dejando en su reemplazo a su hijo Ferrante (o Ferrantino), que no tenía ni la capacidad ni la fuerza suficientes para resistir al poderoso ejército de Carlos. Así, pues, a la llegada de este último, Ferrantino se retiró sin combatir. Al cabo de dos meses, el pueblo napolitano, que lo había recibido con los brazos abiertos, odiaba al invasor y ansiaba verlo alejarse de la ciudad.

Entre tanto, grandes cambios se operaban en la actitud de todos los Estados italianos. Ludovico el Moro había tenido lugar de advertir que el duque de Orleans (rey más

tarde bajo el nombre de Luis XII), abrigaba con respecto a Milán las mismas pretensiones que Carlos con respecto a Nápoles, por lo que meditó que su política al llamar los franceses a Italia había sido errónea; los venecianos, saliendo de su indiferencia, comprendieron también que había llegado el momento de intervenir a fin de evitar que las consecuencias de la expedición francesa fueran aún más desastrosas para la península, y el papa estaba abiertamente contra los extranjeros. En el exterior, el emperador Maximiliano y el rey Fernando de Aragón se hallaban sumamente alarmados ante las victorias de Carlos. Este conjunto de intereses heridos, podía muy dirigirse contra el enemigo común. Efectivamente, el 31 de marzo de 1495 quedó constituida una liga entre las potencias nombradas; su verdadero objeto quería permanecer obscuro, pero fácilmente se comprendía que era la expulsión de los franceses. Bastó con ello. Acababa Carlos de ser coronado rey de Nápoles cuando se retiró, dejando una guarnición de tropas; esta guarnición fué atacada casi inmediatamente por soldados enviados desde Sicilia, a los que sumó un alzamiento popular, siendo entonces arrojada fuera de la ciudad. El rey Ferrantino fué recibido pocos días más tarde, en la misma forma que Carlos lo fuera unos meses antes. Este último volvía hacia Roma, deseando tener una conferencia con el papa; pero Alejandro, con objeto de evitarlo, retiróse primero a Orvieto y luego a Perusa. Finalmente, con el combate de Fornovo, cerca de Perusa, trabado con las fuerzas de la liga, encontró el rey forma de retirarse con seguridad, cosa que hizo en efecto el 5 de julio de 1495.

Esta expedición francesa que tan fuertemente había trastornado el ambiente italiano, tuvo consecuencias importantes y numerosas en el orden europeo. Ella fué en

realidad el punto de partida de aquella situación que habría de hacer de Italia hasta los tiempos contemporáneos « el campo de batalla de Europa ». A través de la expedición de Carlos VIII, Italia se había presentado como un país en el grado máximo de desorganización, desgarrada por luchas intestinas, segmentada en un sinnúmero de principados y repúblicas que no pensaban más que en arruinarse mutuamente; débil en el orden militar, venal y corrompida en sus hombres. Y con todo esto, fértil, hermosa y rica, ofreciéndose a la ambición de las potencias. De estas últimas, España, que intentó su conquista, se arruinó empeñada como estaba al mismo tiempo en la conquista de América; y Francia, con el esfuerzo que desplegó en la para ella estéril invasión que acabamos de narrar y las posteriores, hubiérase hecho dueña con toda falcidad de las provincias del Rhin y de los Países Bajos.

Con la expedición de Carlos VIII termina el primer período del pontificado de Alejandro VI. Bien pronto pudo darse cuenta de que el episodio no le había reportado más que beneficios. A partir de entonces arranca su engrandecimiento paulatino y empieza a destacarse con tremendos relieves la figura de César Borgia, que acaso hubiera podido realizar una importante obra histórica, de no haber truncado la suerte tan prematuramente todos sus proyectos. « De vuelta a Roma — dice Gregorovius — estaba sentado más sólidamente que nunca (Alejandro) sobre el trono pontifical alrededor del cual él había reunido a sus ambiciosos bastardos; los Borgia levantaban la cabeza de una manera tanto más audaz, cuanto que el transtorno causado en los asuntos italianos por la invasión de Carlos VIII les hacía más fácil la ejecución de sus designios » (1). El

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 172.

castillo de Sant'Angelo, la célebre tumba de Adriano conocida con el nombre de la mole Adriana, que se hallaba hacía largo tiempo en comunicación secreta con el Vaticano, fué cuidadosamente fortificada. Además, el papa tomó a sueldo a Guidobaldo de Montefeltro, duque de Urbino, que era asimismo feudatario de la Iglesia. Todo indicaba que el papado, tanto tiempo a la defensiva, cuando no simplemente a la pasiva, pensaba ya en una política absorbente y beligerante para tratar con sus vecinos.

Efectivamente, el primer paso dado por Alejandro en el sentido de robustecer la autoridad de la Iglesia, fué el procurar la sujeción de los Orsini. Estos barones, feudatarios del papa y unidos por lazos de parentesco con el rey de Nápoles, habían observado durante la invasión francesa una actitud de perfecta indiferencia cuando no hostil, abandonando por igual a uno y a otro. Alejandro iba a dirigirse contra ellos para castigar esta conducta; la guerra comenzó, pues, en octubre de 1496. Algún tiempo antes, el 10 de agosto, había llegado a Roma el hijo mayor del papa, don Juan de Gandía, a quien su padre había resuelto engrandecer tornándolo un príncipe poderoso. Con este objeto le puso al frente de sus tropas en la guerra contra los Orsini, elevándolo al grado de Gran gonfaloniero de la Iglesia romana; y después de destituir a Alejandro Farnesio, que desempeña estas funciones, le hizo también rector de Viterbo y de todo el patrimonio de San Pedro. Por cierto que no era Juan el hombre más indicado para secundar los proyectos del papa; de inteligencia mediana y de ningún talento militar, su actuación como capitán general no pudo ser peor. Bien pronto, en enero de 1497, el ejército sufrió una derrota terrible en Soriano, quedando herido el mismo don Juan, que se apresuró a huir a Roma, y cayendo prisionero Guidobaldo de Urbino. Por fortuna

para Alejandro, a despecho del desastre militar sufrido, los Orsini consintieron en firmar una paz bastante ventajosa para él. Así, recobraba por ella los famosos feudos de Cervetri y Anguillara que, vendidos a los Orsini por Franceschetto Cibo, habían dado cuatro años antes origen a la contienda.

Entre tanto, los franceses que se hallaban aún en posesión de Ostia, amenazaron con cortar el aprovisionamiento de Roma. El papa, que terminaba con felicidad su reciente guerra, se hallaba en libertad de atacarlos; pero las tropas españolas venidas desde Sicilia, redujeron bien pronto la plaza. Su presencia en Roma dió lugar a manifestaciones de descontento y antipatía por parte del pueblo, llegando hasta originar algunos tumultos. Pero la codicia de Alejandro ya había encontrado otro objeto donde fijarse; el rey de Nápoles había muerto, sucediéndole su tío Federico, circunstancia que aprovechó el papa para renovar las pretensiones de la Santa sede sobre Benevento, concediendo estos territorios, erigidos en ducado, al duque de Gandía. Naturalmente que esto era despojar a la Iglesia para enriquecer a su hijo, pero en el Sacro colegio un solo cardenal se atrevió a presentar objeciones, tan absoluto era el dominio ejercido sobre él por el papa.

Este cada día daba muestras más claras de su constante anhelo de ver crecer el poderío de su familia y especialmente de su hijo predilecto, el duque Juan. César en tanto ardía de celos contra su hermano al verse relegado como hombre de iglesia que era, por voluntad de su padre, a un lugar mucho más obscuro que el de aquél; sintiéndose con mayor capacidad que él y ansioso de demostrarla, hambriento de poder y de renombre, Juan era un obstáculo en su camino, que no tardaría mucho en remover aunque tuviera que llegar para ello a uno de los crímenes más atro-

ces. Indicio claro de esta situación de rivalidad entre ambos hermanos, es un despacho existente en los archivos de Mantua — citado por Gregorovius — que Juan Carolus, embajador de Isabel Gonzaga en Roma, escribe a la marquesa con fecha algo anterior a los hechos que narramos o sea en septiembre de 1496. Dice que : « en tanto que se quiera evitar que estos hijos del papa no ardan de celos uno del otro, la vida del cardenal de San Jorge (Rafael Riario) se encontrará en peligro; si él muriera, César obtendría el cargo de camarlengo y el palacio del cardenal de Mantua, que es el más bello de Roma, con sus mejores beneficios. V. E. puede ver por esto, a qué paso marcha la fortuna de esa familia » (1).

Por entonces el papa tenía entre manos otro proyecto relativo a Lucrecia y su marido Sforza. Tiempo hacía que este último dejara de ser persona grata para su suegro, pues habiendo crecido en la forma que lo había hecho el poderío papal, Lucrecia podía aspirar a una alianza mucho más ventajosa que la que actualmente tenía contraída. La situación del conde de Cotognola había sido por lo demás en los últimos acontecimientos bastante ambigua, unido como se hallaba por estrechos lazos de parentesco a la casa Sforza reinante en Milán, que había sido el enemigo casi constante del papa. Sin embargo, aun cuando en ningún momento había combatido personalmente, el tirano de Pérsaro se hallaba a sueldo de Venecia y formó parte de la liga contra Carlos VIII.

Por todas estas razones el papa había decidido romper el matrimonio de su hija en cualquier forma, pero como Juan Sforza huyó muy oportunamente para salvar la vida, se le planteó un escandaloso proceso de divorcio por impo-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 194.

tencia, de cuya solución fué encargado el Sacro colegio de cardenales. Sforza se apresuró a solicitar la protección de su pariente el duque Ludovico, pero éste y su hermano el cardenal Ascanio le aconsejaron como mejor partido el de ceder, cosa que efectivamente hizo firmando una declaración según la cual nunca habría consumado su matrimonio con Lucrecia. La disolución de éste tuvo lugar el 20 de diciembre de 1497, devolviendo Sforza los 30.000 ducados que constituían la dote de su mujer, y quedando ella en condiciones de celebrar un segundo y más ventajoso matrimonio. Tales eran los asuntos que ocupaban a la corte pontificia, creciente en poder y creciente en degradación. La política de Alejandro, magistralmente adaptada al espíritu de la época, daba, como hemos visto, frutos óptimos.

Guillermo Ferrero describe el estado de Roma al advenimiento del imperio, con una frase de gran fuerza evocativa y que podría aplicarse exactamente igual a la Roma de siglos después a la que nos estamos refiriendo. Dice : «La política romana se había convertido así en una feria mundial de empleos, de leyes, de privilegios, de provincias, de reinos, de ganancias inmundas; feria llena de intrigas, de fraudes, de traiciones, de violencia, frecuentada no sólo por los hombres más perversos y violentos, sino también por las mujeres más corrompidas de la época, y donde un verdadero hombre que acudiese por casualidad, sería pronto arrojado sino se encanallaba como los demás » (1).

(1) Guillermo Ferrero, *Grandeza y decadencia de Roma*, Madrid, 1908, tomo I, pág. 417.